

Más elogiada que leída, a Sor Juana se la conoce comúnmente por breves antologías de su monumental obra, que ofrecen sólo aspectos parciales, cuando no erróneos, de su espíritu literario. Ya desde las ediciones póstumas se deslizaron erratas y cambios ortográficos que posteriormente se han conservado y, en no pocos casos, acrecentado con errores nuevos, causados por descuidos en las siguientes impresiones. El doctor Méndez Plancarte, después de revisar minuciosamente todas aquellas ediciones, que hasta ahora han gozado de crédito —y, por supuesto, también las ediciones príncipes—, ha resituado a su cauce original los desaciertos e incertidumbres que abundan en la obra sorjuanescas publicada.

En *Lirica personal*, se recogen, de acuerdo con el plan elaborado por el doctor Méndez Plancarte los tomanes —desde los filosóficos y amorosos hasta los compuestos con motivo de algún homenaje o por simple pasatempo—, las endechas, las redondillas, las décimas, las glosas, los sonetos, las liras, los villancicos y las silvas. De manera especial se destaca el "Primer sueño", obra maestra de Sor Juana y una de las producciones de más difícil lectura, en nuestra lengua.

Al final se inserta una prosificación hecha por Méndez Plancarte con objeto de facilitar su comprensión.

Méndez Plancarte ha elaborado un grupo de notas en que dilucida los principales problemas que suscitan los versos, y ha puesto un prólogo que sirve para entender cuál es el sentido que Sor Juana ocupa en la historia de las letras en español.

que bajo el peso de la noche se hundió en un silencio profundo, cuando el viento se levantó y el mar se agitó.

PROSIFICACION

La fiera... conchando
ya a la violencia, ya a la fuga, el modo
de sacudir el asta...

v. 801 Cfr. *Góng.*, Sol., I, 181: "rayó el verde obelisco de la choza..." y II, 33: "los escollos el Sol rayaba, cuando..."

v. 808 Cfr. *Góng.*, Sol., I, 617: "en el papel diáfano del cielo..."

v. 809 Esta luz judiciosa del Sol nos anticipa el "Midi le juste" de "Le Cinquième Marin" de Paul Valéry, v. 3.

v. 814 Cfr. *Góng.*, Sol., II, 905-8:

resintuyen el día
a un girifalte, boreal arpa,
que despreciando la mentida nube,
a luz más cierta sube...

PROSIFICACION

I.—La Invasión de la Noche

Una Sonambra funesta (o funebre) y piramidal, que parecía nacer de la tierra, encaminaba hacia el Cielo la altiva punta de sus vanos obeliscos (vanos, por ser de sombra y por fallar su intento), como si pretendiese subir hasta las Estrellas. Pero las luces de éstas —siempre titilantes y libres de aquel asalto— burlaban la tenebrosa guerra que con negros vapores les declaraba la misma Sonambra impalpable, "fugitiva" ante el tacto. Quedaban las Estrellas, en efecto, aún tan distantes y remotas, que el azarado cenó (la negra cólera) de la Esfera de la Luna, —la al "conveco" (o sea, a la superficie exterior) de la Esfera—, o faces—, y Diosa que es tres veces hermosa, con sus tres hermosas "faces", sólo dominaba en nuestra atmósfera sublimar, cuya diáfandad empañaba sólo con un denso vaho. Pero "contenta" (o himitada) en tal imperio, como con una misma torrada silenciosa, no le consentía más rumor que las que ella misma tornaba silenciosas, de las Aves nocturnas, tan oscuras y graves, que parecían no interrumpir el silencio.

25 Con tardo vuelo y canto —desapacible para el oído, y más para el ánimo—, la avergonzada Nictimene (la Lechuza, que fue una doncella de Lesbos, metamorfoseada en tal ave en pena de un infando delito) acecha o espía los resquicios de las puertas sagradas de los Templos, o los huecos más propicios de sus altas claraboyas, que puedan ofrecerle capaz entrada, y cuando acaso logra penetrar, se aproxima —sacriléga— a las sacras lámparas de llama perenne, que ella apaga o extingue, si ya no es que la "infama" con peores irreverencias, consumiendo o bebiéndolo, se su aceite: la materia crasa —o la "grasa"—, convertida en claro licor,

costa sobre su cadáver naufrago —fué metamorfoseada, igual que él, en Alición o Martín Pescador (con desventuramiento en un buque que pudiera ser una "venganza", o castigo de sus venguentes crueldades).

97 En los escondrijos del monte y en los cuevas huecos de las ruinas penas —defendidos por la fragosidad de su altura, pero aún mejor asegurados por la obscuridad de su interior, capaz de hacer juzgar a mediodía que es de noche, y todavía incógnita hasta para el seguro pic montañés del cazador más experto—, yacía también dormido todo el vulgo de los Brutos, depuesta u olvidada su ferocidad o su timidez, pasando a la Naturaleza el universal tributo del sueño, impuesto por su poder. Hasta el León, el Rey de los Animales —de quien fabulaban los viejos Naturalistas que dormía sin bajar los párpados—, el tampoco dejaba de dormir, aunque "afectando vigilancias" (o sea, fingiendo velar), con los ojos abiertos.

113 El que fué antaño Príncipe glorioso —el cazador Acteón, que por sorprender a Diana y sus Ninfas en los estanques del Eurotas, fué trocado en Ciervo y desgarrado por su propia familia—, convertido ya en tímido Venado, también duerme en la selva, pero, "con vigilante oído", mueve una u otra de sus aguzadas orejas al más imperceptible temblor que agite los átomos del aire tranquilo, y escucha aquel ligero rumor, que aun entre el sueño lo sobresalta... Y recogida en la quietud de sus nudos —frágiles y móviles hamacas, que formó con lodo y brozas, en lo más espeso y sombrío del bosque—, duerme la "leve turba" (la voladora muchedumbre) de los Pájaros, mientras el Viento mismo también descansa del tráfago con que durante el día lo cortan sus alas...

129 El Águila, el Ave noble de Júpiter —por no entregarse entera al reposo, que (como Reina que es de los pájaros) considera vicio si pasa de lo indispensable, por lo cual vive cuidadosa de no incurrir en culpas de omisión, por falta de vigilancia—, confía su entero peso a una de sus patas, apoyada toda en sólo ella, mientras que con la otra mantiene levantada una piedrecilla, que le servirá de reloj despertador al despertarse apenas dormite, para que así, cuando no pueda menos de caer por algún instante en el sueño, éste no pueda dilatarse, sino que al punto se lo interrumpa su regío deber de la vigilancia pastoral. ¡Oh gravosa carga de la Majestad (duro deber anexo a la Autoridad), que no permite ni el menor descuido, siendo ésta acaso la razón que ha hecho —por misterio o símbolo— que la corona sea circular, significando, en su cerrado círculo dorado, que el afán y desvelo del buen gobernante debe ser no menos continuo!

147 El Sueño en fin, se habla ya apoderado de todo; todo lo dominaba ya el silencio: hasta los saltadores nocturnos dormían, y hasta los trasnochadores amantes ya no se desvelaban.

II.—El Sueño del Cosmos

80 Sossegado ya el viento, y dormido el mar, éste yace, y aquél —en absoluta quietud— no mueve ni aun sus propios átomos, temiendo hacer, con su ligero susurro, algún sacrilego rumor que, aunque mínimo, profane o viole la sagrada calma nocturna... El Mar, apaciguado su tumulto, ni siquiera niebla que son la azul y móvil cuna en que duerme el Sol... Los Peces, siempre mudos, y ahora dormidos en sus lamosas grutas submarinas, eran mudos dos veces... Y no muy lejos de ellos, igualmente dormían los Pájaros Marinos, como Alicione —la antea hermosa hija de Eolo—, que había transformado en peces (cautivándolos con las redes de su amor) a sus incautos amantes, y que luego —siendo ya esposa de Céix o Ceico, rey de Tracia, y arrojándose desde la

210 Al Corazón, además, —rey de nuestros miembros, y centro vivo de nuestros espíritus vitales—, se asocia en esto el Pulmón, ese fuelle respirante que es como un imán que atrae el aire a nuestro interior, y que ora comprimiendo, ora dilatando el flexible acueducto de músculos—que es nuestra garganta, hace que en él resuelle el aire fresco que inhala de la atmósfera circundante, y que luego expelle una vez que se ha calentado, el cual se venga de su expulsión robándonos cada vez un poco de nuestro calor natural y de nuestra vida: robos pe-

192 El Alma, pues, —suspensa o descargada del gobierno exterior y del material empleo de las actividades sensitivas, en cuya ocupación da el día por bien o mal gastado—, ya ahora (en cierto modo alejada, ya que no separada enteramente, de los lánguidos miembros y de los huesos sosegados, oprimidos por la muerte temporal que es el Sueño), únicamente les suministra los dones del calor vegetativo, siendo entonces el cuerpo, en esa quietud, como un cadáver con alma, muerto si comparamos su estado con el de la vida normal, aunque vivo si lo comparamos con la muerte absoluta: manifestando señas de dicho persistir de la vida, aunque algo tardas o escasas, el vital "volante" (o cuerda) de ese reloj humano—el corazón—, que con los tranquilos y armoniosos latidos de sus arterias, ya que no con manecillas, da unas pocas muestras de su bien regulado movimiento.

151 Ya casi iba pasando el "conticinio", y la noche iba a su mitad, siendo ya presa del sopor los miembros fatigados de las duras tareas y no sólo oprimidos por el peso del trabajo corporal, sino también cansados del deleite, —puesto que todo objeto continuado, aun el más delirioso, acaba por fatigar los sentidos, porque la Naturaleza pide siempre alternar el reposo y la actividad, como inclinándose alternativamente ya uno o ya otro de estos dos platillos de esa balanza (de ese "bal-fiel": fiel por lo ordenado, e infiel por su alternada inclinación a uno u otro de ambos extremos), con que rige y mantiene en equilibrio la "aparatoso máquina" del mundo, su espléndida y compleja organización—. Entonces, dominados ya los miembros por el dulce y profundo sopor, los sentidos quedaron, si no privados por siempre, sí suspendidos (temporalmente) de su actividad ordinaria—que es trabajo, aunque amado, si es que hay amable trabajo—, y con ello, quedaron en quietud, cediendo ya al Sueño—imagen o retrato de la Muerte—, el cual, armado lentamente, embiste cobarde con sus armas soñolientas, y con más humilde pastor al alivo rey, sin hacer distinción entre el sayal y la púrpura, puesto que su rastro no conceptúa como privilegiada a persona alguna, desde el Papa (cuya tiara suprema se forma de tres coronas) hasta el labradorcillo que vive en una choza de paja, y desde el Emperador (cuyo palacio dota el caudaloso Danubio) hasta el infimo pescador que pernocta bajo un techo de pobres juncos. Muerto, en efecto,—imagen poderosa de la Muerte, también en esto—, mide con simple igual vara o medida los tejidos más burdos y los brocados.

606 PROSIFICACIÓN

609

SOÑE DEL

III.—EL DORMIR HUMANO

cuanto mas se encaminaba al Cielo, desaparecía entre los vientos e los ojos que la miraban, aunque fuesen de lince, sin permitirles mirar la luz que parece tocar el primer orbe—o la celeste esfera de la Luna—, hasta que ya tendida la mirada por el pasmo, y no bajando poco a poco, sino despenándose de tal excelcitud, se hallaba al pie de la extendida base, sin recobrase de pronto, o recobrándose mal, del vértigo que fue grande castigo de la voladora osadía de los ojos;

366 estas construcciones cuyos cuerpos opacos, no contrarios al Sol, sino avenidos con sus luces y aun condecorados con él (como limitrofes que eran), se veían tan íntegramente bañados por su resplandor, que —iluminados siempre en todas sus caras— nunca ofrecieron al fatigado aliento y a los débiles pies de los caminantes acalorizados la alfombra menos cálida, no ya digamos de una sombra, por pequeña que fuese, mas ni siquiera de una señal de sombra...

379 éstas, pues, —prescindiendo de que hayan sido meros monumentos civiles: "glorias de Egipto", o de que hayan tenido una función idólatrica: "bárbaros jeroglíficos de ciego error"—, se revisen de trecho simbolismo en Homero: el dulcísimo y también Ciego vate de Grecia (salvo que, por narrar las gestas de Aquiles y las astucias bélicas de Ulises, lo reclame por suyo el gremio de los historiadores, para aumentar a su catálogo "más gloria que número", valiendo él solo por muchos); de cuya dulce serie numerosa de versos —"numerosa", por tantos y por armoniosos—, sería más arduo el robar un solo hemistiquio de los que le inspiró Apolo benigno, que no el arrebatarse su fulminante rayo al temido Júpiter, o su pesada y férrea clava (o macana) a Hércules.

399 Según el aludido sentir de Homero, efectivamente, las Pirámides sólo fueron símbolos materiales, signos externos, de las dimensiones interiores que son especies intencionales del Alma —esto es, de la "actividad del espíritu humano"—: pues como la ambiciosa llama ardiente sube al Cielo en punta piramidal, así el Alma trasunta esa figura, y siempre aspira a la Causa Primera, que es el Centro al que tienden todas las líneas rectas (toda verdad y todo justo anhelo), y la Circunferencia inhibita que en Sí contiene —virtual y eminentemente— todas las esencias.

VI.—LA DERROTA DE LA INTUICIÓN

412 Estos dos Montes artificiales, por tanto, —estas dos maravillas, y aun dijérase que milagros—, y aun aquella blasfema y alivia Torre de Babel, de quien hoy (no ya en escombros de piedra, sino en la variedad de las lenguas, más indelible a través del tiempo que todo lo devora) son todavía señales dolorosas los idiomas diversos que dificultan el susceptible trato de las varias razas y naciones, haciendo que por sólo la extraneza idiomática parezcan diferentes los hombres que hizo unos —esencialmente iguales— la Naturaleza...; las Pirámides, digo, y aquella Torre, si se comparan a la excelsa Pirámide Mental en donde el Alma se miró en ese vuelo hacia lo alto—, que cualquiera juzgaría que la cima de esta Pirámide Mental era ya alguna de las Esferas celestes, pues el ambicioso

266 Al modo que en el terso espejo del Faro de Alejandría —cristalina maravilla y amparo peregrino de aquella isla de Faros—, se veían a inmensa distancia de casi todo el reino de Neptuno (sin que esta claridad lo impidiese) las naves que remotas lo surcaban, distinguiéndose claramente el número, el tamaño y la fortuna que esos arriergados navíos mentan en la movetiza llanura transparente, mientras sus velas leves y sus pesadas quillas se abrían camino entre los vientos y las aguas; así, de igual manera, la Fantasía, tranquila, iba copiando todas las imágenes de las cosas, y —con mentales colores, luminosos aunque sin luz— su pincel invisible iba trazándose no sólo las efiges de todas las criaturas sublimares o terrestres, sino también las de aquéllas otras que sor como unas claras estirias intelectuales —los espíritus puros y los conceptos abstractos— para sus nuevas creaciones.

IV.—EL SOÑO DE LA INTUICIÓN UNIVERSAL

252 El Estómago, pues, —esa templada hoguera del calor humano, en la que se cuecen los alimentos, ya que no se forjan allí los rayos, como en la herrería de Vulcano—, enviaba al Cerebro los vahos de los "cuatro humores" que mutuamente se tiemplan: vapores húmedos, mas en esta ocasión tan claros, que con ellos no sólo no acompañaba u opacaba las duras imágenes sensoriales que la facultad "estimativa" (o sea, aquí, la "central" de los sentidos exteriores) transmite a la "imaginativa", y que ésta —más clarificadas— entrega, para que las atoree más fielmente, a la "memoria", quien diligente las esculpe en sí y las ordena; sino que esos vapores, de tan claros, dejaban desahogado a la "fantasia" para sus nuevas creaciones.

226 El Corazón y los Pulmones, como decíamos, —testigos ambos sin tacha—, aseguraban la persistencia de la vida. Pero impugnaban esta información (aunque con voces mudas y sin aducir otro alegato que su silencio) todos los sentidos callados e inoperantes; e igualmente la lengua, por el hecho mismo de no poder hablar, también desmentía a aquéllos, reducida a torpe mudéz. A favor de la vida, sin embargo, militaba además otro testimonio: el de la más remota sino que puede tocarse —jamás avaza y siempre diligente— no peñete a las partes del organismo más cercanas a ella, ni olvida a las más remotas sino que puede tocarse si tuviera figuradamente anotada la tracción que a cada una debe tocarle en la distribución del "quilo" que el incante "calor natural" ha destilado de los alimentos: del manjar que —como platos merendados— interpuso su inocente substancia entre ese "calor" y el "hambre radical", pagando él por entero la compasión o la necia tenacidad con que la expuso al peligro, según suele acontecer (por merecido castigo, si ello era ocioso), a aquél que se entremete en ríña ajena y sale golpeado.

queños, que ahora ni siquiera sentirnos, pero que nunca se recuperan y que vendrá algún tiempo en que los Horrores, pues no hay "robo pequeño" —o desdénable y venial— cuando éste se repite muchas veces (ni menos cuando se hace a cada instante, día y noche, por toda la vida).

PROSIFICACIÓN DEL SOÑO

607

809

tos—, pues hasta donde cabe para ella la aprehensión de lo invisible o inmaterial, la propia Fantasía las representaba en sí, por ingeniosos medios, para exhibirlas al Alma.

292 El Alma misma, entre tanto, reconcentrada toda ella en una como intuición universal de de espíritu o de de espíritu, contemplaba esa centella o chispa de Dios que goza dentro de sí por participación que El mismo le dió, al haberla creado a Su semejanza. Juzgándose, además, casi desatada de la cadena del cuerpo, que la tiene siempre ligada y que grosera y torpe le dificulta el vuelo intelectual con que ora mide la inmensidad del firmamento, ora estudia el armonioso y a la par variadísimo giro de las estrellas, —especulación astronómica que, cuando degenera en la "Astrología Judicial", al querer vanamente predecir los futuros libres, es una grave culpa y lleva en sí su justo castigo, siendo un cruel torcedor que le roba al hombre la paz—; el Alma, digo, (creyéndose casi una "Inteligencia separada", al modo de los Angeles), se vela puesta, a su parecer, en la cumbre altísima de una Montaña tal, que junto de ella era un obediente enano el Monte Atlas que preside a todos los otros, y ni siquiera merecía llegar a ser su falda el Olimpo —cuya serena frente descuellaba sobre las tempestades, sin que la violen jamás los vientos—, pues las nubes que son obscura corona del Monte más elevado o del más soberbio entre los Volcanes que parecen gigantes que asaltan al Cielo y le intinan guerra, apenas si serán una densa faja de su enorme cintura, o un tosco cíngulo que, mal ceñido a ella, el viento lo sacude y lo desata, o que el calor del Sol, allí más próximo, lo disipa, como bebiéndoselo...

327 De tal Montaña, pues, aun a la zona más inferior —o sea, al tercio primero de su espantable altura—, jamás pudo llegar el raudal vuelo del Águila, que se encumbra en el Cielo y que le bebe los rayos al Sol, ávida de anidar entre sus fulgores; y esto, aunque ha pretendido, trepando por la escalera del aire, que sus dos alas "rompan la inmunidad", —o pasen los linderos inviolables— de aquella cumbre, y por más que ha esforzado como nunca su brío, ya batiendo sus dos velas de pluma (sus alas mismas), ya peinando la atmósfera con sus garras (como nadando en el viento).

V.—"INTERMEZZO" DE LAS PIRÁMIDES

360 Las dos Pirámides —ostentaciones de Menfis (vano o envanecido por ellas) y esmero máximo de la Arquitectura, si es que no ya pendones (sólidos, en vez de tremolantes)—, cuya eminencia, coronada de bárbaros trofeos, sirvió a los Faraones de túmulo, y a la vez de estandarte que pregona al viento y a las nubes, cuando no al propio Cielo, las glorias de Egipto que ni la Fama podía cantar, enmudecida ante su muchedumbre, y las proezas de Menfis, su siempre vencedora y magna Ciudad, que hoy es el Cairo, de esta manera impresas en el viento y el Cielo;

354 estas dos moles, cuya estatura se elevaba con tal arte al irse adelgazando (y así "aumentaba", en armoniosa simetría, al "disminuirse"),